



10 RASGOS DEL CONVERSO A JESÚS DE NAZARET

La reflexión que comparto con vosotros, le he puesto el título de: 10 rasgos del converso a Jesús de Nazaret. Queremos caracterizarnos por vivir en permanente estado de conversión. La conversión no es algo que aconteció en nuestra vida y que es un hecho histórico ya superado; no es así. Vivimos en permanente estado de conversión, somos siempre discípulos de Jesús, de Jesús de Nazaret, y por eso me atrevo a hacer este decálogo, estos 10 rasgos del converso a Jesús de Nazaret. Ciertamente se podrían hablar de muchas cosas, pero he elegido 10 rasgos que me parecen los más importantes, los que podíamos decir que configuran nuestra vida. Son los siguientes, entro directamente en tema.

El primero: nuestro compromiso con la autenticidad, con la veracidad, nuestro compromiso con la verdad; el no tenerle miedo a esa verdad. Somos hijos de la verdad, no poseemos la verdad, más bien la verdad es la que nos posee a nosotros; por lo tanto, yo creo que cuando decimos "la verdad nos hará libres", no tenemos que tenerle miedo a la verdad, miedo a lo que Dios nos diga, miedo a lo que Dios nos muestre, miedo a que la verdad nos denuncie. Si la verdad nos tiene que denunciar, que nos denuncie. Me explico: si en un mundo indeterminado, porque viene la luz a nuestra vida y queda patente que tenemos muchas oscuridades que hablan mal de nosotros, que venga la luz y que lo deje todo patente. No le tenemos miedo a la luz, no le tenemos miedo a la verdad; no estamos para guardar nuestro buen nombre. Aquí no estamos para guardar nuestro buen nombre, para guardar nuestro prestigio, no. Si ocurren crisis en las que a veces Dios permite que hagamos el ridículo delante de los demás, quedemos mal, bendito ridículo, bendito lo que sea; a ver, si lo importante es la verdad, que no le tengamos miedo a la verdad. Creo que lo primero que nos tiene que caracterizar es esto, que por amiguismos nos tapemos unos a otros, por evitar las malas comprensiones nos tapemos unos a otros. Pedimos que venga la luz y que esa luz ilumine nuestra vida, que la verdad nos haga libres.

No sé si conocéis ese adagio de Aristóteles. En una ocasión estaban diciendo: "Bueno, pero es que tu amigo Platón dice eso, luego tú, si eres amigo de Platón, tienes que decir también lo que ha dicho Platón, porque claro, tú tienes que estar a favor de tu amigo". Entonces él dijo el famoso adagio: "*Ego sum amicus Platonis, sed magis amicus sum veritatis*". Dijo: "Yo soy amigo de Platón, pero más amigo soy de la verdad". A ver, Platón que diga lo que tenga que decir, es mi amigo, claro que es mi amigo, pero yo soy más amigo de la verdad. Entonces eso es lo primero que tiene que caracterizar nuestra vida: no tenerle miedo a la verdad, y esto es todo un estilo de vida. A veces estamos ahí arrastrando cosas, e incluso tenemos el riesgo de tener una doble vida, porque en el fondo sabemos que hay aspectos en nuestra vida que no son conforme a nuestros ideales. Que venga la luz y que saque las cosas, porque no tengo que defenderme a mí mismo. En esta vida no estamos para defendernos a nosotros mismos, yo no me tengo

que defender de la verdad. Este punto nos tiene que configurar, de lo contrario nunca seremos santos, nunca seremos auténticos.

La palabra auténtico también es curiosa, porque curiosamente este mundo que también se ha alejado de Dios, valora ciertas cosas, y una de las cosas que valora este mundo también secularizado es la autenticidad. A veces yo he escuchado algún joven decir: "Bueno, yo no creo en muchas cosas que cree usted, pero ciertamente usted es auténtico", como diciendo: "está claro que este hombre o quien sea, cree en algo y lo cree de verdad". La autenticidad supone que no le tengas miedo a la verdad, y entonces eso es un punto clave que nos tiene que configurar en nuestra vida.

El segundo punto, que creo que también es clave: lo anterior no quita que estemos llenos de debilidades. Llevamos un tesoro en vasijas de barro. Dios ha revelado la plenitud de su verdad, pero lo cierto es que llevamos un tesoro en vasijas de barro, y que la fidelidad es algo que supera nuestras fuerzas, la perseverancia final. Que el Señor nos pide que seamos perseverantes hasta el final es algo que por nuestras solas fuerzas difícilmente lo vamos a alcanzar. Entonces el segundo aspecto que yo quiero subrayar es la importancia del acompañamiento, el dejarnos acompañar para poder alcanzar el don de la fidelidad que Dios quiere darnos. Dios no ha querido que seamos autosuficientes. Una de las expresiones del pontificado del Papa Francisco que a mí más me impactaron —que la ha repetido mucho y por cierto me impresiona no verla por ahí así tan recogida, porque a veces es curioso que a ti te impresiona mucho otras cosas que pasan desapercibidas—, él decía: "¿Qué es la fidelidad?", y respondía: "la fidelidad es la debilidad bien acompañada". Y me parece una descripción perfecta. ¿Qué es la fidelidad?, ¿yo soy Supermán, yo lo puedo todo, yo lo voy a hacer?. No, eso no es la fidelidad; la fidelidad es la debilidad bien acompañada. Dar un buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, sabernos corregir, sabernos ayudar, tener un acompañamiento espiritual, eso es básico. Primer punto, hemos dicho: no tenerle miedo a la verdad, yo tengo que convertirme ante la verdad, no hacer una verdad a mi medida, y segundo, si es que soy tan débil, ¿cómo lo hago?, dejándote acompañar. Dios no te deja en solitario en este camino, Dios va poniendo en el camino de tu vida personas, momentos, situaciones en las que te va acompañando. Y eso es un signo de lo que Dios nos prometió: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo", y lo cumple, lo está cumpliendo.

Tercer rasgo del converso: cuidar nuestra intimidad con el Señor, cuidar nuestra experiencia de intimidad con Él, porque tenemos el riesgo de que todo lo que estamos hablando de Jesús sea una teoría bella, una explicación de todo un itinerario muy coherente, muy bello, pero sin que llegue a ser una vida personal, una experiencia personal. Y entonces eso nos va a servir de poco; tenemos que cuidar nuestra vida interior, nuestra vida de intimidad con Jesucristo, nuestra experiencia personal con Jesucristo, nuestro encuentro con Él. El cristianismo es una amistad: "a vosotros ya no os llamo siervos, os llamo amigos, porque todo lo que el Padre me ha comunicado os lo he revelado a vosotros". Entonces una pregunta: ¿Jesús es mi amigo?, no sé si sabéis la anécdota esa de un profesor de religión italiano. Un profesor italiano de la clase de religión cuenta que a un niño le entró una duda y le dijo: "oye, ¿tú eres amigo de Jesús o trabajas para Él?". Le dejó al sacerdote descoyuntado: "Oye, no sé, se me ha ocurrido a mí esto, ¿tú eres amigo de Jesús o trabajas para Él?". Claro, él lo contaba y se dio cuenta de lo que estaba diciendo ese chaval; soltó una bomba allí en su inocencia. A ver, ¿yo tengo amistad con el Señor?, ¿Jesús es mi amigo?, ¿es mi amigo íntimo?, esto

es esencial, determinante. ¿Dónde descansa mi corazón?, ¿dónde reclino yo mi cabeza para descansar?, ¿en dónde tengo mi descanso?. Si mi descanso no es Cristo, si no he encontrado en Cristo mi descanso, todavía en mi vida espiritual hay algo determinante que está por completar. Puede ser una bella teoría, pero que no ha sido corroborada con una profunda experiencia.

Entonces esto ¿en qué se traduce?, se traduce que para poder lograrlo, hace falta un gran combate, porque la vida de oración es un gran combate; la vida de oración no es algo que se realice sin resistencias interiores. Yo recuerdo que teníamos un director espiritual en el seminario que nos decía: "El que no esté dispuesto a aburrirse haciendo oración no aprenderá nunca a hacer oración". El que no esté dispuesto a pasarlo mal también en momentos de desierto, de aridez, que se me hace durísimo, el que no esté dispuesto a pasar esos momentos de desierto de "vamos, no me apetece nada", es que no va a aprender a estar con el Señor, a hacer del Señor su intimidad, porque va a supeditar la relación con el Señor a su gusto, a su estado interior: "Me apetece, no me apetece, hoy estoy, mañana no estoy". Es casi como supeditar algo que es real, que es la relación personal con Jesucristo, a tu estado de ánimo. No, mi estado de ánimo no puede ser el condicionante en una relación personal; es como si una madre dependiendo de su estado de ánimo se relaciona de distinta manera con su hijo. El hijo le dice: "Mamá, hoy ¿cómo estás?". No puede ser, eso no puede ser. Apliquemos eso también a nuestra relación con Jesucristo. La oración es un gran combate que hay que dar, que hay que afrontar para que verdaderamente al final tengamos esa experiencia de que Cristo es nuestro descanso, mi vida de relación con el Señor.

El cuarto rasgo: mi tono de vida de esperanza, tiene que ser un rasgo que nos caracterice, porque entre la presunción y la desesperanza yo creo que lo propio de un cristiano es vivir en esperanza y en confianza. Vivir alegre, sabiéndose siempre acompañado por el Señor. Y entre esos dos riesgos, entre la presunción y la desesperanza, muchas veces creo que en el momento presente la desesperanza suele ser más nociva que el de la presunción. El Santo Cura de Ars tiene entre sus escritos una frase que dice: "En la vida he tenido que luchar más contra la desesperación que contra el orgullo". Entonces, el que nosotros nos demos cuenta de que tengo razones para la esperanza, de que como decíamos ayer, un signo de que caminamos en el don de la santidad es la vida alegre, la alegría perseverante, ese es un signo de que caminamos el camino de Dios. Y esto supone también recordarnos continuamente que tenemos razones para la esperanza y mortificar, tomarnos en serio la mortificación de nuestros estados de ánimo. Yo lo he repetido muchas veces, los que sois oyentes de Radio María lo habéis escuchado, estáis ya un poquito artitos de escuchar esto: la mortificación que más agrada al Señor es la de nuestros estados de ánimo. Es la mortificación más auténtica, la más verdadera, porque si yo estoy ofreciéndole al Señor otro tipo de mortificaciones exteriores que no van acompañadas de la mortificación de mi estado de ánimo, ¿a dónde voy yo?. Aquel que dice: "voy a ofrecer esto: el no fumar. Empecé muy bien, pero tengo un humor de perros", y entonces te dicen los de tu alrededor; "¡hijo, fuma y déjanos tranquilos!". Porque ¿de qué sirven los ofrecimientos que estás haciendo?, sin duda alguna, la mortificación que más agrada a Dios, la más auténtica, la más real, es la de nuestros estados de ánimo, que es lo que nos permite vivir la virtud de la esperanza, porque es que si no..., tenemos razones para la esperanza: estoy llamado a la vida eterna, sí creo en ello, pero luego lo que configura mi vida real es que tengo unos bajones y unas subidas y unos estados de cambios emocionales que, me condicionan completamente, entonces ¿para qué te sirve esa esperanza que tienes?. No se te nota nada, entonces esa esperanza nos tiene que

configurar en el día a día, se te tiene que notar, y eso supone tomarse en serio la mortificación de nuestros estados de ánimo, que es la más seria, que es la más auténtica, que es la más real. ¿Y eso qué conlleva?, conlleva cosas como dice San Ignacio de Loyola: el *agere contra*, el saber llevarnos en contra de nosotros mismos, el sabernos uno mismo tener capacidad crítica hacia sí mismo. El tono de vida interior, el tono de vida de esperanza nos tiene que caracterizar, tiene que ser un rasgo que nos acompañe.

En quinto lugar: el cielo de nuestro corazón. El cielo, que es también la caridad pastoral, la caridad. ¿Con qué vibro?, ¿cuáles, cuáles son los ideales que me mueven?. Suele ser muy interesante servirse de lo que San Juan de la Cruz en su obra de *Subida al Monte Carmelo*, describe como son las pasiones del corazón del hombre. Entonces dice: "¿Cuáles son tus alegrías?, ¿cuáles son tus tristezas?, ¿cuáles son tus temores y cuáles son tus esperanzas?". Dime eso y te voy a decir yo cómo estás por dentro, porque es un retrato, un retrato muy profundo. ¿Cuáles son mis alegrías? Y de repente uno igual descubre que se alegra de cosas frívolas. A ver, está bien que tu equipo quede en muy buen lugar..., pero de ahí no hacer de eso tu alegría. Vamos a ver, ¿cuáles son tus tristezas?, también hay gente que el día que su equipo ha perdido es que se le nota, se le ve, uno dice: "¡por Dios, hombre!". En fin, hay esperanza más allá de eso. Entonces, ¿cuáles son tus alegrías?, ¿cuáles son tus tristezas?, ¿cuáles son tus temores? ¿Qué cosas te dan miedo?, ¿qué cosas les tienes un miedo tremendo?. Descubres cosas; eso es un retrato interior tuyo, porque eso te dice dónde tienes puesto el corazón, eso te lo delata. Entonces dices: "es que mi temor es el tema económico, eso me da miedo.". Esto siempre delata que tienes un apego claro. O eres un obsesivo con el tema de la salud, un hipocondríaco que está ahí que "no sé qué, algo tengo aquí, no sé, ¿no me ves nada?". De eso también hay mucho hoy en día, estoy todavía con el miedo y: "¿como es que me han llamado del médico, no sé qué me irá a decir?". ¿Y cuáles son mis miedos?, ¿y cuáles son mis esperanzas?, ¿en qué espero?, ¿cuál es tu esperanza?. Igual de repente uno coge y se da cuenta que sus esperanzas son de tejas para abajo, todas son esperanzas, pero no tienes una esperanza en singular que es más potente que esas esperanzas.

Entonces el quinto aspecto que yo quiero subrayar es el cielo del corazón, ¿con qué vibro?. Mi corazón está hecho para amar, mi corazón tiene que sufrir por lo que le hace sufrir al corazón de Cristo, y tiene que gozar por lo que le hace gozar al corazón de Cristo. Si no, es que mi corazón está enfermo; como no sea esto así, te digo yo que nuestro corazón está enfermo. Sufre por lo que a Cristo le hace sufrir y goza por lo que a Cristo le hace gozar. Porque lo que es una paradoja es que cosas que al corazón de Cristo le hacen sufrir, tú no les das importancia, y cosas que a Jesucristo no le quitan ni la atención, a ti te preocupan muchísimo. Entonces vamos mal, el cielo de tu corazón no está bien sintonizado, no tienes un cielo verdadero, una caridad, un amor de Dios. Por ejemplo, el hecho de que gocemos con las conversiones suele ser muy buena señal. ¿Tú qué pides al Señor?, yo suelo insistir mucho a veces; vosotros cuando pidáis, pedid dos cosas: conversiones y vocaciones. Conversiones, aquí vamos a lo esencial, no vamos a andar con tonterías. Yo creo que eso también es el retrato de un corazón que tiene el cielo puesto donde tiene que estar puesto, y cuando no se tiene cielo del amor de Dios, entonces se suelen tener celos, envidias y tonterías; y la cosa cambia completamente: a menos cielo, más celos.

El sexto aspecto o rasgo que nos tiene que configurar es la austeridad, que forje en nosotros una fortaleza interior, una austeridad, porque nuestra cultura materialista....Fijaros, nos ha tocado vivir en un tiempo en el que jamás ha habido tanta abundancia como hoy en día de bienes materiales. Todo eso nos ha hecho muy blanditos. Somos muy blandos porque todas las necesidades las tenemos inmediatamente cubiertas, cualquier cosa que quieres la tienes cubierta. Tú nunca has sabido lo que es la carencia, nunca has sabido lo que es el tener que prescindir de algo, nunca has tenido esa experiencia; todo es deseo y satisfecho deseo. Tengo un recuerdo, hace ya años de esto, yo todavía no era Obispo, pero se celebraba los mundiales de fútbol. Me encuentro, ahí en el pueblo, a uno y le pregunto: "¿Hacia dónde vas?". Me respondió: "voy a comprar una televisión para ver los partidos mejor, pero es que he estado allí y me han dicho que no me la dan hasta el lunes, entonces quiero buscar una que me la den hoy mismo". Todo tiene que ser aquí, ahora, ya. Explico: eso nos hace vulnerables, nos hace manipulables completamente. No tenemos capacidad de aguante, no tenemos capacidad de soportar la adversidad. Creo que es básico el que nosotros nos ejercitemos en la austeridad: "si yo puedo vivir con menos, voy a hacerlo y voy a disfrutar de hacerlo; si puedo vivir con menos, mejor; si puedo ser más austero, mucho mejor, y lo voy a disfrutar y lo voy a traducir en obras de caridad". Y todas esas cosas de las que puedo prescindir, Dios me va a dar la gracia de hacer de ellas una donación de amor a los demás. Tenemos mucho lastre, hay que desprenderse del lastre para poder andar. Yo recuerdo que hice el Camino de Santiago de Compostela desde la entrada de Roncesvalles, de Francia a España que son 24 días o 25 andando, con un grupo de 14 jóvenes, entonces ingenuos de nosotros, el primer día nos presentamos todos allí con una mochila bien equipados. Cuando llegamos a la meta, la primera etapa, un montón de gente fue a correos haciendo paquetes para enviarlas para casa. "¡Andábamos nosotros con todo esto encima!". No hay quien llegue así, hay que desprenderse de lastre, si no, el camino no lo haces. Nosotros decíamos: "Hemos sido unos ingenuos, ¿a dónde voy yo con esta mochila grande, quien hará 700 kilómetros?". Esa es una parábola de la vida: nos sobran cosas, tenemos que vivir la experiencia de la austeridad, del desprendimiento que nos fortalezca, que nos forje, que nos haga recios.

Séptimo lugar: otro aspecto clave es el de la fraternidad entre nosotros, el de forjar una familia, una comunión entre los que caminamos siguiendo a Jesucristo. Lo hemos comentado en la homilía de hoy, el vivir en una escuela apostólica en la que tengamos un estímulo los unos en los otros; es así. También recuerdo que en ese Camino de Santiago, como parábola de lo que es la peregrinación de la vida, es curioso porque en 24 etapas pasan muchas cosas, y casi todos los que hicimos ese camino tuvimos nuestro día malo, ese día en el que te abandonan las fuerzas y parece que se te queda el cuerpo sin hueso, sin esqueleto, y te vienes abajo. Dices: "¿Que se me han ido las fuerzas?, ¿dónde están?". No, pero lo hermoso era comprobar que eso acontecía por turnos, no todos el mismo día; todo el mundo tenía ahí su día malo. Afortunadamente eran en días alternativos unos, y entonces era básico, era clave el que entre todos conformásemos una unidad de destino en la que los fuertes tienen que llevar el peso de los débiles. Dice San Pablo: "Que los fuertes lleven el peso de los débiles". Y te digo yo que ese débil mañana llevará el peso del otro, porque es así, porque en el fondo todos somos débiles. Entonces esa fraternidad es esa capacidad de sumar entre nosotros, de superar filias y fobias, rarezas..., porque a veces nos volvemos raros, vamos a ser claros: "yo solo me arreglo mejor, ¿a quién ponen al lado mío?", "me estás estorbando". Parece que la gente me estorba. A ver, nos llenamos de rarezas y eso nos lo tenemos que hacer ver, porque eso nos está impidiendo recibir muchas gracias de Dios. La vida

en solitario genera hábitos de comodidad que nos hace raros, llenos de rarezas; entonces una de las cosas buenas que tiene caminar con los demás es que tú seas confrontado y tus tonterías se purifiquen. Eso es lo que tiene, que uno se acostumbra que: "no, yo las cosas las hago, las dejo así", viene otro, te las mueve: "No tiene que ser así". Tú no estás dando importancia a eso, estás dando importancia a cuatro bobadas de esas, y cositas como esas nos condicionan muchísimo. Y si tú te acostumbras a caminar solo en la vida, al final eres un solitario que tus rarezas se están apoderando de ti, te están empobreciendo; entonces es clave la fraternidad que nos rescate de todos los riesgos que tiene la soledad. El concepto cristiano de amistad tenemos que cultivarlo mucho, la amistad cristiana. ¿Qué es la amistad cristiana? Por ahí tuve ocasión de dar también una conferencia sobre la amistad; si uno quiere buscar algo buscará fácilmente en la red sobre el tema de la amistad cristiana, fundamentalmente es la que tira de ti para arriba, la que te hace crecer, la que te saca lo mejor de ti mismo.

Octavo punto: amor a la Iglesia, *amoris ecclesiae*, nuestra eclesialidad, nuestro amor a la Iglesia. Y tenemos que subrayar mucho esto: amor a la Iglesia. Estamos en un momento difícil, en un momento en el que estamos sufriendo mucho. Hoy mismo he leído yo unas noticias del Sínodo alemán, ¡madre mía, vaya lío que hay!, dice uno: "¡Por Dios, qué odio tiene el demonio a su Iglesia!". De qué manera le quiere pegar un zarpazo. Uno dice: "¿Será posible que pasen estas cosas?, ¿será posible que después de todo lo que ha vivido la Iglesia por preservar su fe, por transmitirla, que ahora tengamos que ver espectáculos como esos?, ¿será posible?". Y entonces estas situaciones pueden sembrar en nosotros una especie de desafección o de falta de confianza, pueden sembrar en nosotros esa idea de: "aquí no te puedes fiar de nadie". Cuidado con eso, cuidado con que la crisis que podamos vivir y situaciones duras que podamos vivir nos quiten la confianza en la Iglesia. Suele ser bueno también a veces ver la historia de la Iglesia y ver que ha habido momentos durísimos en la historia de la Iglesia, mucho más duros que el que estamos viviendo ahora, en el que parecía que la Iglesia terminaba sus días. Chesterton habla de cinco momentos históricos en los que la Iglesia pareció desaparecer, y bueno Dios nos ha sacado. La Iglesia ha recibido el don de Dios de salir de todas estas situaciones porque es discípula de aquel que salió del sepulcro y resucitó; entonces sabemos salir del sepulcro porque seguimos al resucitado. Pero es importante que en medio de la crisis no perdamos el *sensus ecclesiae*, amamos a la Iglesia. Y Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del siglo XVI, que tuvo muchos problemas para llevar a cabo la reforma porque tenía mucha resistencias — toda reforma auténtica tiene mucha resistencias—, y también ella vivió con muchas contradicciones en el seno de la Iglesia también encontró mucha resistencias. Fijaros, había un nuncio que a la pobre le mortificaba, y en una carta suya decía: "yo no le pido nada malo para él, le pido que Dios le lleve al cielo". Eso decía Santa Teresa de Jesús, sabes. No les pido nada más, yo lo que le pido es que le lleven al cielo. Entonces, Santa Teresa de Jesús con todos los problemas que ella pudo tener, ¿cuáles fueron las últimas palabras que ella pronunció antes de morir? al final dijo: "muero hija de la Iglesia". Y así muere una mística, fíjate. No dijo: "muero viendo el misterio de la Trinidad que se me transverbera"; no dijo eso, "muero hija de la Iglesia". O sea, porque es una espiritualidad real, concreta, eclesial: "muero hijo de la Iglesia". La pobre había sufrido, no veas tú. "Muero hija de la Iglesia". Anda que el Padre Pío no sufrió, ¿no sufrió el Padre Pío?, pero fue un hijo de la Iglesia fiel hasta el final. Creo que esto hay que destacarlo, nuestro amor a la Iglesia tiene que ser incólume y no dejarnos arrastrar. Incluso me atrevo a deciros que aunque tenemos que tener las noticias mínima de la vida de la Iglesia para poder rezar por ella también, no os aconsejo que estemos metidos en páginas de internet que nos están envenenando todo el día y que te ponen

nervioso y que dice uno: "¡Por Dios!". No os aconsejo eso, porque de ahí viene turbación. Ya sabemos que hay un problema serio, pero no vamos a estar alimentando la turbación. Hijos de la Iglesia, la Iglesia es nuestra madre. Decía Don Marcelo González Martín, que fue el cardenal arzobispo de Toledo, cuando yo era seminarista, un gran pastor al que yo le debo muchísimo, decía él en una predicación: "conozco los defectos de la Iglesia mucho mejor que los que la critican, pero es mi madre". Decía él eso, es la pura verdad. Usted critica a la Iglesia; conozco yo los defectos bastante mejor que usted, pero es mi madre. Y eso nadie nos lo va a arrebatar de nuestro corazón; por lo tanto, nuestra filiación hacia la Iglesia, le pedimos el don de guardarla, nuestro sentido de obediencia en el seno de la Iglesia, incluso aunque a veces la obediencia nos pueda costar; hacemos un compromiso de obediencia en el seno de la Iglesia.

Noveno punto: escuchar la voz de Dios en los pequeños y en los desheredados de la Tierra, la voz de Dios en ellos. A veces nos grita, a veces nos rompen nuestra sordera; los pobres nos evangelizan, los pequeños nos evangelizan. Y esto es una de las formas que tiene Dios de convertirnos. Por ejemplo, os cuento una pequeña intimidad, a mí una de las cosas que más bien me han hecho en mi vida espiritual han sido los viajes que me han tocado hacer como Obispo a África a visitar a los misioneros. La verdad es que hay muchísimas cosas que te conmueven profundamente lo que es el corazón alegre de la gente que vive allí. Porque tú ves la alegría de los pobres de Yahvé en tantos lugares donde yo he podido estar, y ves como la alegría de África en medio de la pobreza es que toca tu corazón y sus eucaristías y sus celebraciones... Vamos, yo he asistido a unas celebraciones en África que las compartes y dices: "pero madre mía, esto en España hacemos esta celebración y nos apedrean", porque su gozo es interminable, inagotable, y siempre alegres y siempre contentos. Recuerdo que en un viaje a Ruanda, viendo aquella alegría, en mi viaje de vuelta yo iba con un vicario mío y en el viaje de vuelta nos metimos en el avión. Todos eran de raza negra y se escuchaba a un niño llorar con una rabia de esas, enrabiado, pero llorando a fondo del avión, y le digo yo a nuestro vicario: "¿qué te juegas que ese niño es europeo y no es africano?". Dice: "¿Pero qué me dices?, aquí los únicos blancos somos tú y yo". Le digo: "ese niño no es de aquí, vamos a verlo, venga". Nos levantamos, estaba en otra parte del avión, y en efecto, ahí había una alemana con el niño. Y me dice: "oye, ¿pero cómo has adivinado tú esto?". Le digo: "¿Tú no te has dado cuenta que en África la gente no llora así?". O sea, este es un lloro de rabieta, y un niño africano se ha acostumbrado a la precariedad y entonces, cuando uno se acostumbra a la precariedad, tiene otra capacidad de sufrir. Esa rabieta era de niño europeo, se le notaba, claro que se le notaba. Entonces es una gran lección la que uno recibe de los, de los pobres: nos evangelizan. Los pobres nos evangelizan, y entonces eso también tiene que formar parte de nuestra espiritualidad: el dejarnos interpelar por ellos, y por los niños también, que los niños son sin duda también una altavoz de Dios en su inocencia, que a veces nos dejan perplejos. A un misionero le escuché en Radio María una anécdota, una entrevista le estaban haciendo a un misionero que había ido a España, y entonces contaba él, que volviendo de África en el avión, habían servido ya las bandejas con las comidas y hubo un momento de muchas turbulencias, más fuertes de lo habituales, y saltaron las bandejas y dijeron: "que nadie se levante, que nadie se mueva". Pero claro, las bandejas saltaban por los aires, y dice el misionero que veía un niño que viajaba solo. Claro que en aquella situación... el niño se comportó con una increíble tranquilidad y cuando ya las azafatas dijeron: "estén tranquilos que aquí lo recogemos todo y bien". El misionero dice que se levantó, fue donde el niño y le dijo: "Oye, ¡tú qué valiente has sido!, entonces, ¿el niño qué le iba a decir al misionero?: "es que el comandante es mi papá", le dijo. "El que lleva el avión es mi papá, sabes, entonces yo esto lo vivo de otra

manera". Y decía el misionero en aquella entrevista que esa inocencia del niño bueno, a él le había interpelado profundamente diciendo: "Mira, es que el que lleva el avión es mi padre, es Dios, y en medio de todas las turbulencias que podamos vivir en esta vida, no te olvides de que el que lleva el avión es Dios". Entonces, creo que los pobres de Yahvé nos interpelan, la inocencia de los niños también toca nuestra conversión y en eso tenemos que crecer en sensibilidad. Por eso es tan grave que nos cerremos a la natalidad. El hecho de que no haya niños, eso es tremendo, porque es un empobrecimiento tremendo; estamos cerrándonos a la llamada a la conversión. Cada niño que nace, que viene a este mundo, es una proclamación de que Dios tiene esperanza en el hombre todavía y tiene esperanza en nuestra conversión, porque el nacimiento de un niño es una llamada a que te conviertas. Claro, un niño pide de ti tu conversión para poder ser padre y madre. Entonces, si tú te cierras a la vida, te estás cerrando a tu conversión, porque tú ves a un niño en su debilidad y te está llamando a la conversión.

Y el décimo y último punto: la vida en castidad que nos permita vivir la espiritualidad esponsal. Todos estamos llamados a vivir la esponsalidad de nuestro corazón, bien sea en la vida religiosa, bien sea como sacerdote, bien sea en el matrimonio, bien sea siendo soltero. No sé si aquí se utiliza la expresión "un corazón de solterón". En España se utiliza, con perdón de los solteros, en el sentido negativo, pero que un soltero perfectamente puede tener un corazón esponsal, de unión a Jesucristo. Un soltero, en el fondo, alguien que por el devenir de su vida no llega al matrimonio, tiene un tipo de relación con Jesucristo esponsal aunque no tenga unos votos o una consagración explícita, pero su vida de unión con Jesucristo es de una esponsalidad semejante al consagrado, porque a veces te suelen decir los solteros: "a ver, señor Obispo, entonces nosotros ¿dónde estamos?, usted suele hablar de los matrimonios, suele hablar de los consagrados; yo me quedo en campo de nadie". Yo les digo: "que sí, que tú también estás incluido en la ecuación". Pero es muy importante entender que nuestro corazón tiene dueño, nuestro corazón es de Jesús, y cada uno está llamado a vivir la esponsalidad de su corazón. Para eso la virtud de la castidad es clave. De lo contrario, el que no sabe amar irá mendigando afectividad por aquí y por allá. ¿Y qué podíamos contar a ese respecto?, sabes que eso es tremendo, cuando no se sabe amar, se mendiga afectividad. Y a veces, no sabemos estar sin estar apegados a una relación, que además muchas veces son destructivas, y uno está pasando por lo que no hay que pasar, para ser aceptado por el otro.

Luego, vivir la virtud de la castidad como una integración de la sexualidad en la vocación que Dios nos ha dado a cada uno, y no vivirla como un tubo de escape, sino vivirla como integrada en esa vocación a la responsabilidad que Dios nos ha dado. Es importantísimo, eso tiene que configurar nuestra vida. Y claro, esto también es una gran batalla, porque estamos en una sociedad super erotizada en la que todos son una serie de estímulos por aquí, por allá, para desordenar, para desordenarnos. Y es tan fácil ir cediendo al espíritu del mundo, en todas las materias, pero en esta también especialmente. Nosotros solos no podemos, no, tenemos que hacer una proclamación, una petición a Dios que nos dé el don de la fidelidad en nuestro compromiso de guardar nuestro corazón esponsalmente, y para eso vivir la virtud de la castidad y educarnos en ella. Educarnos, cuidarnos interiormente, cuidarse, cuidar nuestro corazón, cuidarnos de las cosas que vemos, de los espectáculos de los que nos alimentamos, cuidarnos del influjo negativo de internet; hay que cuidar el corazón. Si tú no cuidas tu corazón, no vas a poder vivir esa esponsalidad del corazón.

Bien, aunque sea de una manera breve y resumida, estos 10 rasgos del converso, a Jesús de Nazaret, yo creo que son un pequeño resumen en el que uno dice: "Señor, en este momento tan especial en el que vivimos, en este momento en el que la Iglesia nos llama a una nueva evangelización, en el que nos pide ser apóstoles; ¿de qué manera yo me presento delante del mundo?, ¿de qué manera me presento también como testigo del resucitado?". Y obviamente tenemos que tener esta coherencia interior; sin esta coherencia interior no vamos a responder a la llamada de la evangelización, es una quimera. "Yo ¿cómo podría ser una buena catequista?, yo ¿cómo podría hacer apostolado?". A ver, estos aspectos de los que hemos hablado tienen que estar integrados, tenemos que luchar por ellos. Si no, la acción evangelizadora que hagamos no nace del corazón de Cristo, será un mero voluntarismo que además nos cansaremos, nos hartaremos y lo dejaremos todo a medias.

Bueno, vamos a pedir esa gracia, la gracia de estar siempre en permanente estado de conversión, que yo creo que eso es lo que define la vida de un cristiano. ¿Quién es un cristiano?, alguien que vive en permanente estado de conversión y que tiene la esperanza de que Dios completará por su gracia ese don de Cristificar nuestra vida, incluso, fijaros bien, incluso más allá de la muerte, porque también no olvidemos que el estado de purificación que Dios nos ofrece más allá de esta vida forma parte también del don de la plena purificación y santificación de nuestra vida. No lo olvidemos nunca. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.